

CLIO



Revista bimestre de la Academia Dominicana de la Historia

COMISION DE PUBLICACIONES: Henríquez Carvajal, Tejera y Rodríguez Demorizi.

Circulación Gratuita

Nº. XXIV

NOVIEMBRE - DICIEMBRE DE 1936.

AÑO IV

MAXIMO GOMEZ

Centenario del Natalicio del Héroe

1836 - El 18 de Noviembre - 1936.

Dr. Rafael L. Trujillo Molina

FRAGMENTOS DEL DISCURSO PRESIDENCIAL, EN LA RECEPCION DE LA EMBAJADA DE CUBA, EN HOMENAJE DEL HEROE DOMINICO-CUBANO.

La gran figura histórica que Cuba nos devuelve en mármol y bronce después de transcurrido más de medio siglo de la fecha en que el pueblo dominicano la ofreció en carne y hueso como un tributo al ideal de una América integralmente libre, representa para las generaciones presentes el símbolo inmortal del invencible arrojo en la guerra y de la abnegación sin límite en la paz. El Generalísimo Máximo Gómez, que es el último Libertador de América, es también el primer ciudadano de un pueblo al cual, después de conducirlo a la victoria en una guerra que duró más de diez años, ofreció el más edificante ejemplo negándose a aceptar la Presidencia, al pensar, sin duda, que su condición de extranjero podía ser, al frente de los destinos de Cuba libre, un obstáculo para el establecimiento de la paz que él anhelaba ver lucir, como una resplandeciente diadema, sobre la frente de la joven República sacada por su espada victoriosa del profundo abismo de una noche colonial de cuatro siglos.

Concreción personal del hecho histórico que ligando a la República Dominicana con su hermana la República de Cuba por nexos más duraderos y más fuertes que los de geografía y de origen, el Generalísimo Máximo Gómez ha hecho de los dos pueblos antilla-

nos, una perenne unidad para arrostrar en común las vicisitudes de la historia y concurrir unidos al palenque en que se debaten los grandes problemas de la civilización moderna.

.....

No es solamente por sus triunfos en la guerra que se distingue el Generalísimo Máximo Gómez. El héroe resultaría incompleto y su gloria aparecería como la de una de esas figuras secundarias que tanto abundan en la historia de la independencia americana, si sólo las batallas ganadas a trote de caballo y a filo de machete sirvieran de pedestal a su grandeza. Grande por su valor, por su tenacidad y por su arrojo en la guerra, es grande también por sus excepcionales condiciones de político, por su clara visión de estadista y por el corazón leal y puro que lo impulsó siempre a realizar las más nobles acciones en relación con el trascendental destino histórico que le tocó cumplir en la vida.

.....

En la escala de los libertadores de América es Máximo Gómez el único que, después de haber realizado plenamente su obra, pasa

a la posteridad sin ver su gloria empuñada en la lucha de las pasiones políticas. Y es que de entre ellos, sólo él ha escapado a la fatalidad providencial de gobernar un pueblo después de haberlo libertado. Es por eso sin duda que treinta años después de su muerte su recuerdo nos sirve, como nos sirvió su brazo en la vida, para estrechar las relaciones de los dos pueblos en un empeño de común interpretación que representa en la hora actual, un noble y generoso esfuerzo capaz de contribuir de manera notable, al desarrollo del principio de cooperación internacional entre los pueblos de la cuenca del Caribe, llamados a concurrir solidariamente unidos en el ideal de paz y de justicia internacionales, a resolver los problemas vitales que afectan el desenvolvimiento de más am-

plias, más cordiales y más firmes relaciones entre los pueblos del Continente Americano.

El Gobierno y el pueblo dominicanos profundamente conmovidos ante la prueba de justa devoción dada por el Gobierno y el pueblo cubanos al caudillo inmortal que simboliza el amor, la lealtad y el heroísmo en los dos pueblos, estiman que en las circunstancias actuales el equilibrio de los sentimientos comunes a dominicanos y cubanos asegura el cumplimiento de un ideal antillano que sólo puede ser viable por sincero y firme acuerdo entre las dos naciones del Archipiélago más estrechamente ligadas por el vínculo de intereses morales que no podrán quebrantar jamás las más fatales contingencias de la historia.

Senador Enrique Recio

PRÉSIDENTE DE LA MISION CUBANA DEL HOMENAJE

PARRAFOS DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN LA INAUGURACION DEL BUSTO DEL HEROE EN LA AVENIDA MAXIMO GOMEZ.

Así como, en nombre de ésta brillante representación del Ejército y la Armada Cubana y demás valiosos acompañantes, entre los cuales figuran miembros distinguidos del periodismo cubano, y un descendiente del Generalísimo Máximo Gómez. Seguramente se pensó en mí, no en atención a mis modestos méritos personales, que solo consisten en la constante dedicación de la causa de la libertad y democracia cubana. Se me ha honrado, sin duda, por la admiración profunda que siento desde mi adolescencia, por Santo Domingo, tierra tradicionalmente unida a la mía. Se que siempre el martirio de Cuba encontró eco fraternal en el corazón de este pueblo. En nuestra grande guerra, década sangrienta y heroica, recibimos la inapreciable contribución de sangre y de mando de esta Patria Quisqueyana, que aprendimos a querer desde entonces como Patria común. En la memoria de todo hijo agradecido de Cuba, no puede borrarse el nombre de los Marcano, de Modesto Díaz, de Donato Mármo y de una pléyade de insignes dominicanos, coronándola la egregia figura del Generalísimo Máximo Gómez, que desde entonces fué expresión suprema del valor y de la pericia militar, verdadero maestro en el arte de la guerra americana; no puede borrarse, nó, ni desaparecer de la memoria ni de la historia del pueblo de Cuba. Me enorgullece expresar la gratitud nacional de mi país, gratitud que llevo grabada en el alma y que

recojo a manera de ecos de nuestras batallas, para esparcirlos bajo este cielo que es también el mío, el de mi Cuba y que fué el que cobijó a Martí y a Máximo Gómez en su deslumbrante y memorable aparición en los campos de Cuba libre.

En Máximo Gómez se cumplió un designio providencial, que de esta tierra surgiera el brazo, el músculo, la voluntad, el arrojo, que rompiera definitivamente las seculares cadenas que aún ataba a la vieja metropoli, ese hermoso girón de la tierra americana.

Al cumplirse el primer centenario de tan fausto y augusto acontecimiento, ¡que emotiva y honda satisfacción para todo pecho cubano, que fuera este solar el que nos diera ese maestro, ante quien Cuba rinde hoy sus banderas en la paz, a quien las conquistó en la guerra. Porque si grande fué en la guerra, más grande fué en la paz, por su desinterés y sacrificio, como si él en la fundación de la República, siguiese oyendo el eco de Martí, cuando el apóstol cubano arrancaba de su corazón, las bases de una República cordial con todos y para todos.

Aquí, en la tierra de Máximo Gómez, tierra donde el cubano perseguido y maltrecho, encontró siempre refugio sentimental



a sus angustias, consuelo a sus penas, protección fraternal y piadosa a sus desdichas, calor de Patria en su destierro, nuevos alientos y nueva fé para sus románticos ensueños de libertad y de justicia. Aquí, tierra donde Martí nuestro gran Martí recibiera la divina inspiración de aquel documento inmortal, que conocemos con el nombre de Manifiesto de Monte Cristi; aquí, donde Martí y Gómez trazaran el plan de la revolución triunfante del 95, que fué la chispa que prendió el incendio magnífico de la redención cubana. Aquí, en Santo Domingo, esos evocadores tributos que se rinden hoy al hijo de Baní, los preside, desde su pedestal de gloria conquistada a fuerza de tesón, de sacrificio, de honor, base conquistada en el corazón mismo de este pueblo heróico, a golpes de amor, de virtudes y beneficios, otro hombre joven magnífico, arrogante, intrépido, el Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina cuyo nombre es hoy blasón y orgullo de su patria, y modelo de gobernante moderno en toda la faz del continente americano. Aquí, los bizarros soldados y marinos de mi Patria, desfilan en este día sobre este suelo bendito de esta hermosa y progresista Ciudad Trujillo, alternando en fraternal emulación y en franca camaradería, con los también bizarros, apuestos y gentiles soldados del Ejército Nacional Dominicano.

Este espectáculo que nosotros deslumbramos

contemplamos hoy, dominicanos y cubanos, quisiera yo, dejando volar el pensamiento en alas de mi vehemente fantasía, que lo contemplaran no solo mis hermanos todos de Cuba, sino que, por una abstracción espiritual, pudieran así mismo contemplarlo, desde las regiones serenas y augustas de su inmortalidad, Gómez y Martí derramando sobre ambos pueblos, sus bendiciones de paz, de amor y de progreso, santificando esta cordialidad fraternal que ellos soñaron.

Esta piedra que reproduce la efigie austera y venerable del Generalísimo de nuestras guerras de Independencia, es una modesta ofrenda del pueblo y Gobierno de Cuba, a la cuna privilegiada, del excelso caudillo, en homenaje al héroe y a su patria nativa, devolviéndole en mármol lo que Cuba recibiera en carne viva y palpitante. Nos reservamos sus restos amados, para venerarlos eternamente, venerando en ellos a este noble pueblo dominicano. Os dejamos este busto de Máximo Gómez que generosamente habeis aceptado y emplazado a la entrada de esta naciente Avenida a la cual habeis dado su nombre glorioso, para que sea un motivo más que lleve vuestra mirada y vuestro pensamiento a Cuba, con el mismo amor y la misma simpatía, en las palpitaciones que saltaron siempre del inmenso corazón de este noble pueblo dominicano.

Lic. Victor Garrido

SECRETARIO DE EDUCACION PUBLICA Y BELLAS ARTES

PARRAFOS DEL DISCURSO PRONUNCIADO, EN REPRESENTACION DEL EJECUTIVO, EN EL ACTO INAUGURAL DEL BUSTO DEL HEROE.

Una limpia mañana de Abril, perdida ya en las brumas del pasado, entre el estruendo ensordecedor de las muchedumbres, alborozadas, la antigua ciudad de Santo Domingo, cuna de la civilización del Nuevo Mundo y sepulcro de Cristóbal Colón, abrió los brazos viriles, vibrante de patriótico entusiasmo, para estrechar en su seno al Generalísimo Máximo Gómez, que acababa de fundar la patria cubana con el filo de su machete. Hoy, bajo un diáfano cielo de otoño, entre el clamor de las músicas marciales, las banderas se agitan como alas en fiesta y las almas montan guardia de honor para reverenciar la figura del Héroe esculpida en el mármol simbólico. A este apoteósico homenaje, sin embargo, lo avalora calidad más excelsa. No es solamente el pueblo de la Ciudad Trujillo quien desfila, pasmado de admiración respe-

tuosa, por ante el busto señero del formidable campeón de La Sacra y Coliseo; sino que erguido frente a él, para saludar al caudillo inmortal forjador de la independencia de Cuba, levanta su espada que ha servido para garantizar con su prestigio la inviolabilidad de la ley y magnificar con sus victorias la majestad de la República, el Generalísimo Presidente Trujillo, fundador de la nueva patria dominicana. Es el saludo silencioso, cargado de promesas, de un grande hombre del presente a un grande hombre del pasado al amor de la bandera que sombreó sus cunas; el saludo admirativo de un prócer cuya cabeza ciñen los laureles conquistados con las armas de la paz, en la hora más crítica de la vida de su pueblo, al prócer, cruzado de la Libertad, que recogió la armadura de Bolívar para pasearla en triunfo bajo el sol de Cu-



ba. Al confundir sus patrióticos regocijos dominicanos y cubanos, entre la paz luminosa de esta tarde generosa, reverdecen aquellos sentimientos generosos que cruzaron el Estrecho en la frágil piragua de Hatuei en la lejana noche de la conquista para florecer, como rojas flores del martirio, sobre las tumbas insignes de los Marcanos, los Abreu y los Delgados; que otro día saltaron sobre el mar, desde Monte Cristi hasta Playitas, para internarse por las escarpadas sierras de Baracoa hasta Guantanamo y dar su abundante cosecha de abnegación y sacrificio en la tragedia de una guerra cuya trayectoria trazan los cascados de fuego del corcel infatigable del Libertador Máximo Gómez.

.....

Máximo Gómez como adalid de los combates deslumbra con su aureola resplandeciente recamada de victorias inmortales; pero con su civismo ejemplar como ciudadano de una patria nacida de su genio y de su espada subyuga a las conciencias honestas apaciguadas en los eternos principios de la moral y del derecho. Máximo Gómez en la hora de la paz es tan extraordinario como en la hora decisiva de la función armada. Su desprendimiento no tiene más igual que su patriotismo. El hombre que por el esfuerzo de su brazo había conquistado el derecho de aspirar a todo, con la singular actitud de un Cincinato renuncia a la comodidad dorada del Poder y a la soberbia autoridad del mando supremo y solo anhela sepultar su gloriosa ancianidad en un rincón tranquilo de la georgica tierra de sus mayores. Cuando todavía no se había desvanecido en el ambiente el humo de los campamentos mambises, ya el Libertador hacía oír desde Yaguajay su voz profética aconsejando como Néstor a su pueblo: "Elegid para directores de vuestros destinos a los hombres de grandes virtudes probadas sin preguntarles en donde estaban y qué hacían mientras Cuba se ensangrentaba por su independencia". No elijáis para administradores de vuestros inte-

reses personas que alfombren sus casas y sean arrastradas por carrozas antes que las espigas maduren con abundancia en los campos de la Patria que habéis regado con vuestra sangre para hacerla libre". No tengáis ministros con mujeres que vistan de seda, mientras las del campesino y sus hijos no sepan leer y escribir". "Es necesario llevar el alma pura de rencores al acercarnos a las tumbas gloriosas de nuestros compañeros, concediendo el perdón a todo el que lo solicite para que la obra quede completa". "Cuando me vea tranquilo en un rincón de mi Patria, pediré siempre para Cuba la bendición del cielo". "Cuba, en la paz, sólo necesita de sus próceres civiles en el Gobierno". Pocos grandes hombres en la historia de la humanidad tienen la estatura moral y cívica del Libertador dominico-cubano cuyo recuerdo evocamos hoy para perpetuar su nombre en una de las avenidas que más contribuirán al desenvolvimiento y al ornato de la blasonada Ciudad Trujillo y con el fausto motivo de la erección del Busto en mármol conquie la munífica amistad y el levantado espíritu justiciero del Gobierno de la fraterna República de Cuba consagran un amoroso homenaje a la memoria del creador de su independencia, sobre el solar de la Patria en que los dioses acunaron, entre relámpagos y truenos, al émulo de Bolívar y de Páez.

Grande por su genio militar; grande por su civismo; grande por sus virtudes que lo hacen digno de un perfil de Plutarco, el Libertador de Cuba se empina en el pedestal de los grandes hombres para tocar con sus manos el cielo de la inmortalidad.

Que el espíritu del Héroe, como llama encendida en la noche del camino, oriente la penosa jornada de nuestros pueblos en su marcha ascendente hacia la cumbre y los identifique cada día más en un ideal común de grandeza y de gloria para que "hagamos sobre el mar, a sangre y a cariño, como dijo Martí, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino".

Daniel Fed. Henríquez Velásquez

PRESIDENTE DE LA CAMARA DE DIPUTADOS.

FRAGMENTOS DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL AGAPE OFRECIDO A LA MISION DE CUBA POR EL CONGRESO NACIONAL DE LA REPUBLICA.

¿Qué estamos haciendo ahora mismo nosotros, representantes oficiales de ambas repúblicas hermanas, intérpretes cordiales de

dos pueblos hermanos que se estrechan y se aman y al través de la historia han sabido juntarse en un anhelo común y una común



acción—con los lazos de la sangre, la raza y el espíritu— para proclamar y defender de toda ingerencia o dominación extraña sus respectivos derechos vitales al disfrute decoroso de la propia, feliz autonomía? Qué estamos haciendo ahora, en esta concentración espiritual que nos une en el deber de rendir ocasional tributo de eterna veneración al prócer máximo que de aquí marchó hacia la manigua cubana, al sol la invicta espada redentora y guiado por el ideal que hizo luz de conciencia antillana el iluminado apóstol que le acompañó al altar de los supremos sacrificios? ¿Acaso realizamos un simple acto oficial de cortesía internacional, en forma de común apoteosis, cuya trascendencia se limita a la consagración formal de un busto que nos representa la exánime figura del gran libertador? ¿Representamos tal vez solo los sentimientos de cordial simpatía de dos pueblos hermanos cuyas similitudes de origen y existencia los hacen solicitarse mutuamente para complacerse en el intercambio de fraternales relaciones amistosas?

La raíz de estas manifestaciones exteriores parecen penetrar en la entraña de algo más profundo y trascendente. Para mi personal comprensión, estos actos solo pueden ser fielmente interpretados cuando los contemplemos a través del profético pensamiento de Martí. No me cabe la menor duda de que estamos cumpliendo un ineludible mandato de la Providencia que unió para siempre a nuestros pueblos en un común destino histórico, el mismo que cobró magnífica expresión en el lenguaje de los hombres cuando el apóstol exclamó: "Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino". Tal es, a mi juicio, lo que ahora hacemos y luego repetiremos incesantemente en la sucesión de los tiempos, ya sea nuestra intención, o no, una perfecta y consciente adaptación —en términos vitales— de ambos pueblos hermanos al común deber vislumbrado y expuesto por Martí.

Cubanos y dominicanos nos hemos congregado esta vez, sirviendo así la causa de nuestro común destino histórico, para glorificar al Generalísimo Máximo Gómez con motivo de cumplirse el primer centenario de su nacimiento. Nuestro amor y nuestra veneración hallan en este homenaje oca-

sión propicia de enaltecerse. Herederos directos de sus glorias, no somos los únicos empero a quienes honran y obligan las olímpicas grandezas de su perfil guerrero de augusto capitán y de su perfil patricio de repúblico ejemplar. Si sus hazañas de soldado y estrategia asombraron al mundo, desbordando la admiración ponderativa de los expertos militares a la par de la emocionada admiración de los espectadores sin pericia militar pero dotados del sentido necesario para apreciar en su gigantesca, deslumbradora obra de liberación nacional por la fuerza de las armas, su pureza ciudadana no ha sido menos admirable y admirada. Excelso capitán en los ardientes campos de batalla, no fué menos grande a la hora de la paz por la magestad de sus virtudes cívicas. En la guerra fué un coloso invencible, de la acción bélica. En la paz dechado insuperable de ejemplarizaciones cívicas. Nunca libertador alguno fué más desasido de vanidades y de glorias personales. Su abnegación personal es cosa insólita en sus congéneres. Todo lo ambicionó por Cuba y para Cuba. No quiso ni aceptó nada para él, a excepción del estóico privilegio que había reclamado para sí su compañero en la nobleza y el desinterés de la liberación cubana: Que la patria fuera, para su celoso desvelo constructivo, "Agonía y Deber". Su afán y su cuidado, acabada la guerra, era que la Patria Nueva fuese organizada de acuerdo con los más sanos principios del decoro público a fin de afianzar sobre bases sólidas y estables la definitiva ventura nacional.

Jefe invicto y supremo en la guerra; Maestro de conducta cívica en la paz, el Generalísimo Máximo Gómez ofrece al mundo un ejemplo casi insólito del libertador sin ambiciones, que solo ve en la patria incesante ocasión para el deber de sacrificio constructivo. Sería el suyo caso único en la historia si no tuvieramos presente, magestuosa y serena, ayer, la figura de nuestro gran Juan Pablo Duarte; hoy, la figura del Benefactor de la patria dominicana. El infatigable luchador que nos liberta de los errores del pasado, constructor de la Nueva Patria del presente y esforzado modelador del porvenir que está conduciendo a su pueblo de la mano por el camino de su propia salvación. Pues para el Presidente Trujillo, como lo pregonan sus prematuras canas, la patria también es solo agonía y deber,

